

No 3 - Octubre - 1954



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO III

## EL NIÑO

Jaime Torres Bodet

La noche luminosa se enreda a sus manitas  
como el hilo dorado de una bola de seda.  
Así en manos del niño la eternidad se enreda  
y Dios junta en un punto sus líneas infinitas.



Revista Infantil Nacional  
Publicada por la  
**FILIAL DE ANDE**  
Cantón Central de Heredia

Directora:  
EVANGELINA GAMBOA

Administración:  
GUILLERMO SOLERA R.  
DOLLY MUÑOZ ZUÑIGA

San José — Costa Rica

### Sumario:

El niño .....	1
Del palo de tu cuna .....	2
Nala y Damayanti .....	3
Graciolina .....	7
La grave enfermedad .....	10
El pajarito .....	13
Página de los niños .....	15
Geórgica .....	16

**OCTUBRE 1954**

*Maderas:* Francisco Amighetti.

**VALE:**

**NUMERO 3**

*Dibujos a pluma:* Juan Manuel Sánchez.

**¢ 0.20**

## DEL PALO DE TU CUNA

Del palo de tu cuna cuelga alegremente  
tu caballo de plomo, tu conejo de lana.

En cuanto abras los ojos darás con tus juguetes  
barnizados con luz de la mañana.

¡Cuántos al despertarse, no hallarán muñeco,  
ni pan siquiera, hijo, para su hambre atrasada!

B. Fernández Moreno



## NALA Y DAMAYANTI

Continuación

Nala ha seguido su peregrinación, dura y terrible, igual que Damayanti. Largos días y largas noches ha caminado también, y se alimenta de frutas silvestres y raíces, bebiendo sus lágrimas. Un día llega a un bosque donde crepita un gran incendio. De entre las llamas oye salir una voz:

—¡Oh, gran Nala, sálvame, por amor de los dioses!—

Nala se mete entre las llamas sin vacilar y salva de la muerte al desdichado. Era un Naga, un duende travieso, encantado en el bosque por la maldición de un asceta al que había interrumpido en sus meditaciones.

—Gracias, gran rey—dijo el Naga—. Tu valor me ha salvado. En prenda de gratitud voy a revelarte el porvenir. Aún sufrirás mucho tiempo, ¡oh Nala!, porque la maldición de un dios te persigue. Pero tus penas alcanzarán su fin; volverás a ver a Damayanti y a tus hijos, y tu reino te será devuelto. Ahora escúchame y obedece: da veinte pasos hacia el río y cava allí un hoyo.

Cavó un hoyo y halló un manto rojo de tela grosera.

—Cúbrete con ese manto y mírate en el río.

Al mirarse en el río, Nala dió un grito de espanto. Su rostro estaba cambiado y era de una horrenda fealdad.

—Así irás por el mundo—agregó el Naga—, sin que nadie te pueda reconocer.

Serás el más feo de los hombres y desempeñarás, ¡oh rey!, los oficios más humildes. Vete al palacio del rey Rituparna y trabaja allí en los establos, sin acordarte de tu grandeza. No descubras a nadie tu nombre ni tu patria. Cuando encuentres de nuevo a Damayanti serás perdonado. Arroja entonces ese manto rojo y volverás a aparecer en todo tu esplendor.

Después, como la bruma de la mañana, el Naga desapareció.

Mucho tiempo ha pasado. Nala trabaja humildemente en los establos del rey Rituparna. Limpia las cuadras y los carros, da pienso a los caballos y doma los potros salvajes. No se avergüenza de su humilde oficio, pero sus ojos lloran día y noche recordando a la bella Damayanti, que abandonó en la selva.

Damayanti está ahora acogida en el palacio del rey de los Chedis, sirviendo de doncella a la princesa Sunanda.

El magnánimo rey Bhima, desde que supo la desgracia de Nala y Damayanti, arde en deseos de volver a verlos. Un día llamó al sabio brahamán Sudeva y le dijo:

—Mucha es tu sabiduría, Sudeva. Sólo tú puedes hallar a mis hijos Nala y Damayanti. Ve por la tierra y busca sin descanso, día y noche. Di a Nala que no tenga reparo en venir a mis brazos; le daré mil vacas, todas las tierras que quiera y la mayor de mis ciudades. Que los dioses te protejan, Sudeva.

Cien días habían pasado cuando Sudeva llegó al reino feliz de los Chedis. Fué a saludar a la princesa Sunanda, y al mirar a sus doncellas su corazón saltó de gozo. A pesar del sol y del viento, a pesar del hambre y el frío, del cansancio y

del tiempo, ¿quién no hubiera reconocido la voz maravillosa y la belleza de Damayanti?

Bien cumplió la mitad de su misión el sabio brahamán. Ahora ya está Damayanti al lado de sus hijos, en la casa de su padre. Y Sudeva vuelve a recorrer la tierra en busca del rey Nala. A los caminantes, a los pájaros, a las fieras, el buen brahamán preguntaba:

—¿Habéis visto cruzar por aquí a Nala, al más hermoso de los hombres?

Pero ¿quién podría reconocer a Nala en aquel feo mozo de los establos de Rituparna?

Así, al cabo de otros cien días llegó Sudeva al palacio de Rituparna. Tampoco allí sabía nadie el paradero del gran Nala. Pero los ojos de Sudeva saben ver lo que no ven los ojos de los otros hombres. Una noche oyó al mozo de los establos llorar, clamando por su amor perdido. Sudeva se fijó en sus manos, finas y blancas; en la tristeza de sus ojos de dulce mirada, en su manera de domar los potros salvajes y conducir los sonoros carros. Y en todo esto recordaba Sudeva al gran Nala; le preguntó su nombre y su patria, pero Nala, cumpliendo las palabras del Naga, se negó a decirlos.

Al fin Sudeva decidió hacer una última prueba. Si aquel hombre extraño era Nala lo demostraría en las carreras de carros, en que nadie pudo igualársele jamás. Y Sudeva habló al rey Rituparna delante de todos sus criados:

—Sabed, ¡oh gran rey!, que la princesa Damayanti, considerándose viuda, reúne mañana nueva Asamblea nupcial para elegir esposo. ¿No iréis vos allá, oh Rituparna?

—De buen grado iría. Pero el país de los Vidarbas está a cien leguas de aquí. ¿Quién podrá recorrer en un solo día tan enorme distancia?

Al oír esto el corazón de Nala tiembla de emoción. De un salto se coloca ante el rey:

—Yo te llevaré, ¡oh Rituparna! Mañana al amanecer tu carro estará ante el palacio de la bella Damayanti.

Nala corre a los establos gritando y llorando de gozo. Unce al brillante carro dos potros sin domar, de sangre picante, que se encabritan y piafan nerviosos al sentir los frenos de plata. Rituparna, con Sudeva y su cortejo, monta en el carro. Nala, de pie, empuña las riendas, restalla su largo látigo, y envuelta en una nube de polvo, gritos y relinchos, los caballos se lanzan a través del campo.

Damayanti se ha levantado esta mañana temprano y alegre como nunca. Su corazón ha soñado un dulce presentimiento. Está amaneciendo: en el jardín se escucha el bramido de los elefantes; en el estanque juegan los cisnes reales, y las flores se abren frescas al sol.

Damayanti sale a su terraza a respirar el aire limpio de la mañana. Allá a lo lejos, en el camino, divisa un brillante carro. Se acerca, se acerca; parece que vuela. Un hombre lo guía cubierto con un manto rojo. Ya entra el carro en la ciudad, atronando sus calles dormidas. Ya llega ante el palacio. El hombre vestido de rojo descende al suelo de un salto; corre a la puerta, derribando en su carrera a los centinelas, petrificados de asombro; sube la ancha escalinata como un loco, cruza las salas, llega a la terraza. Grita sin aliento:

—¡Damayanti, Damayanti!

Y arroja al suelo el manto rojo, apareciendo de repente en todo su esplendor.

—¡Oh Nala, mi bien amado!

Y Nala y Damayanti se abrazan sin palabras.

En el jardín del rey cantan los ruseñores.

El gran Nala recobró su reino, del que cedió generosamente la mitad a su hermano Puskara. Siempre reinó para la justicia y el amor.

Y los hombres y los dioses fueron dichosos largos años con la dicha de Nala y Damayanti.

*Alejandro Rodríguez «Casona».*



## GRACIELINA

*Flor del alba, Graciolina,  
sal de tu escondite verde  
a los jardines del día.*

Despliegan su ronda blanca  
las pausadas margaritas  
y en corro van los claveles  
conducidos por la brisa.

*Flor del alba, Graciolina,  
ven a jugar con el trébol  
sobre la hierba florida.*

A un espejito de agua  
se asoma la ronda niña  
y un cielo azul de cristal  
copia su danza imprecisa.

*Flor del alba, Graciolina,  
corre a mirar el cielo  
entre las aguas dormidas.*

Ha caído de la aurora  
una rosa desprendida?  
En suave giro la ronda  
a su llegada se inclina.

*Flor del alba, Graciolina,  
hierba lavada en rocío  
tu pie menudo acaricia.*

Danza, doncella del aire,  
baile de flor y espiga  
con la música silvestre  
de flauta y ocarina.

*Flor del alba, Graciolina,  
escucha el gotear del arpa  
en la fuente cristalina.*

Vuela leve hacia el estanque,  
se detiene sorprendida:  
una niña transparente  
le sonrío con su sonrisá.

*Flor del alba, Graciolina,  
tu donaire en el remanso  
despeja su maravilla.*

Ahí están tus manos de ave,  
tu silueta de puntillas,  
el revuelo de la túnica  
y suelta al aire la cinta.

*Flor del alba, Graciolina,  
en el éxtasis del agua,  
tu imagen está cautiva.*



Encantada es la doncella  
y la danza suspendida:  
el reflejo es una estampa  
de cabeza pensativa.

*Flor del alba, Graciolina,  
algo estremece la hierba  
y dobla sus florecillas.*

Se ha desceñido los velos  
y corre rauda la brisa;  
inquiétanse los claveles  
y el coro de margaritas.

*Flor del alba, Graciolina,  
ay! que tu espejo de agua,  
el viento loco hace trizas.*

Con la niña de la aurora  
pretende jugar la brisa,  
quiere tomarla del talle  
y ella corre fugitiva.

*Flor del alba, Graciolina,  
vuela, vuela. El viento osado  
detrás de ti se desliza.*

Gira todo en alborozo,  
va en crescendo la alegría,  
como trompo bailarín  
el aura se arremolina.

*Flor del alba, Graciolina,  
ay! que te lleva, te lleva  
el vientecillo, sumisa.*

El vendaval deja mustios  
claveles y margaritas.  
Rompen el cristal del agua  
gotas del arpa, perdidas.

*Emma Gamboa.*

Nota: La fotografía que encabeza el poema es de la niña  
Estelita Quirós, en la interpretación de "Graciolina".



## LA GRAVE ENFERMEDAD

Hubo una vez un chiquillo que no podía decir “por favor”, ni tampoco “gracias”. Estas dos palabritas no querían salirle de la boca. Sus padres se enfadaban mucho por ello, y el abuelo aún más. Pero la abuela contemplaba al muchachito, y sentía dolor.

—Está enfermo—dijo al fin—. ¡Llamad al médico!

Vino el doctor, y examinó con cuidado al chiquillo.

—No tiene absolutamente nada en la garganta ni en la lengua—dijo el sabio hombre, y se marchó de nuevo.

—Así, pues, tiene algo en el corazón—afirmó la abuela.

Nadie sabía que hacer; nadie podía ayudar. Y, sin embargo era una grave enfermedad y un verdadero dolor. Si venía alguna tía de visita y traía consigo buenas cosas, corría el muchacho a esconderse detrás de la casa. No quería recibir regalos, pues no podía decir “gracias”.

Una vez estaba toda la familia en el campo, en casa de unos primos.

Tuvieron una fiesta en la que sirvieron mosto dulce y pan moreno recién horneado y además nueces tiernas. ¡Oh, qué bueno era aquello! Y todos se alegraron.

Pero al muchacho se le ocurrió que tendría que decir “por favor” y “gracias” y dejó todas aquellas deliciosas cosas y dijo que no le apetecían; prefería ir a ver los conejitos.

Cuando estuvo con los conejitos corrieron las lágrimas por sus mejillas. Sentía un peso que le oprimía el corazón. ¡Ay! era tan triste no poder decir “por favor” y “gracias”! Y el mosto dulce era para él lo mejor del mundo.

Hacia un bosque cercano corrió el muchacho para ocultar su dolor. Se encontró con una gran mata de zarzas llena de moras maduras.

—¡Oh, cuántas!—exclamó—. ¡Voy a cogerlas!

Pero, al ir a hacerlo, ¿qué sucedió? La mata retiró sus ramas y un ratoncito dijo:

—¡Di en seguida “por favor” y podrás cogerlas todas!

El chiquillo se volvió molesto, y siguió corriendo, pues “por favor” era justamente una de las palabras que no podía él decir.

A poco llegó junto a un avellano. Los frutos de color pardo dorado eran tentadores. ¡Oh, cómo recordaban la Navidad! El chiquillo corrió hacia allí. Pero, al acercarse, las ramas del avellano se irguieron con todos sus frutos hacia lo alto, y una ardilla gritó desde un árbol:

—Tú, como no puedes decir “gracias”, tampoco debes coger avellanas.

Echó a correr de nuevo, disgustado, y de tanto correr sintió sed. Por eso se alegró cuando oyó un suave rumor que procedía de un manantial. Se inclinó para coger agua con la mano, y en ese mismo momento el manantial se retiró y desapareció en la roca.

Aterrado, levantó la mirada y vio a la par suya un cervatillo. El pobre animal llevaba la lengua fuera. Es-

taba sediento. No había agua porque el manantial había desaparecido. El niño se conmovió. Acarició al animal y dijo:

—Yo tengo la culpa de que tu hayas de pasar sed. ¡Pobre cervatillo!

El muchacho sollozaba desconsoladamente. De pronto dijo:

—¡Por favor, querido manantial, regálanos de nuevo tu agua!

En la roca se oyó entonces un alegre cantar. Brotó el agua, y, claro como la plata, fluyó de nuevo el manantial. El chiquillo y el cervatillo bebieron, y cuando ya habían tomado suficiente, el niño dijo con voz fuerte y clara:

—¡Gracias!

Entonces se dió cuenta que había caído algo al suelo, a su lado. Era una piedra, que le había caído del corazón. Ahora se sentía ligero, libre del peso que antes le oprimía.

El niño loco de alegría echó a correr y salió del bosque. Sintió deseos de ver a sus primos, y fué a buscarlos a la pradera donde estaban jugando. Cuando lo vieron venir le gritaron con ironía:

—¿Quieres ahora mosto dulce, pan moreno y nueces?

—¡Sí, por favor!—dijo el chiquillo.

Entonces corrieron a la casa y le trajeron las cosas ricas que él deseaba comer.

El chiquillo cada vez más contento, decía:

—¡Gracias, muchas gracias!

Y reía sin cesar, y sentía ligero su corazón. Naturalmente había desaparecido la piedra que oprimía el corazón y no le dejaba decir ni “por favor” ni “gracias”.

Podéis imaginaros cómo se alegraron los padres de que su hijito estuviera ahora curado de su grave enfermedad. Pero nadie estuvo más contento que el abuelo y la abuela, y el más contento de todos era el mismo chiquillo.



### EL PAJARITO

Un pajarero había cogido un pájaro de los más pequeños, un ruiseñor, e iba a matarlo con su cuchillo, pero el pájaro recibió la facultad de hablar y le dijo:

-¿De qué te servirá quitarme la vida? Con mi cuerpo no podrás saciar tu hambre; pero si quieres dejarme en libertad te daré tres preceptos que, si los sigues bien, podrán serte de gran utilidad.

El pajarero, sorprendido de oír hablar al pájaro, prometió soltarlo si le decía aquellos tres útiles preceptos.

-Escucha pues- dijo el pájaro-. He aquí el primero: No intentes nunca conseguir una cosa inalcanzable. He aquí el segundo: No te apenes por una cosa perdida e imposible de recobrar. He aquí el tercero: No creas nunca una palabra increíble. Observa bien estas tres recomendaciones y te hallarás bien.

El cazador soltó entorces al pájaro, como lo había prometido, y el ruiseñor, revoloteando alrededor de su cabeza, se puso a cantar dulcemente. Acabada su canción, queriendo saber si el hombre había comprendido el valor de sus preceptos y había sacado provecho de ellos, le dijo:

-¡Qué insensato has sido!, por tu propia culpa has perdido un gran tesoro: tengo en las entrañas una perla más gruesa que un huevo de avestruz.

Al oír estas palabras, el hombre se apenó mucho: tendió su red e intentó volver a coger al pájaro.

-Ven a mi casa-le decía-, te cuidaré con esmero, te alimentaré con mis manos y te dejaré volar a tu antojo.

Pero el ruiseñor le respondió:

-Ahora si que veo que eres verdaderamente insensato. No has sacado ningún provecho de los consejos que te he dado, te lamentas por haberme perdido cuando no me puedes recobrar, y crees que hay en mis entrañas una perla más grande que un huevo de avestruz, siendo así que todo mi cuerpo no alcanza ese tamaño.



Víctor Manuel Sánchez A.  
12 años.

Barreal de Heredia.

21 de Agosto.

1954.

Señorita:

Evangelina Gamboa

Directora de la Revista Farolito.

Estimada niña Evangelina: al saludarla con todo el respeto que Ud. merece, me dirijo por este medio para darle las más expresivas gracias por los ideas que me dió en el DIBUJO, y por el premio que me adjudicó.

También para decirle que la revista farolito, es para mí, una revista tan importante y tan bonita, que yo todos los meses deseo que llegue ligero, pues me siento feliz al leerla; ya me se tantos cuentos bonitos, pues los he aprendido en Farolito.

De Ud.

att. y SS.

*Víctor Manuel Sánchez A.*

V. Grado de la Escuela mixta  
de Ulloa. Ha.



## Geórgica

Carlos Pezoa Véliz

Dios atenderá mi ruego ...  
 Yo sólo pido alegría,  
 un rancho en la lejanía,  
 allá un buey, acá un borrego.

Sere bueno: hecho un labriego  
 habrá en mi hogar niños, niñas,  
 fecundas serán mis viñas  
 y armoniosas las canciones  
 que hagan llorar los gorriones  
 en medio de mis campiñas.

Y sobre esta dicha, sobre  
 esto que exista, si existe,  
 un consuelo para el triste  
 y un pan fresco para el pobre.